

# Introducción

Quien no conoce otros idiomas no sabe nada del propio<sup>1</sup>.

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

Veinticinco siglos de reflexión y descubrimientos permiten afirmar que un idioma es, además de un medio de comunicación y un modo de expresión, una manera de comprender el mundo y orientarse en él. Dicha aseveración dista mucho de ser axiomática, pues ha sido sometida a examen en el contexto de diferentes disciplinas del conocimiento, desde las especulativas hasta las empíricas —aun cuando todavía se ignora mucho acerca de cómo funciona en detalle el cerebro humano cuando aprendemos o utilizamos un idioma, y de cómo delimita la naturaleza humana la variabilidad que observamos en los innumerables y complejos fenómenos lingüísticos. Sin embargo, se sabe que una parte significativa de la forma en que nos apropiamos cognitivamente de la infinidad de experiencias con que nos confronta el hecho de estar vivos guarda una relación estrecha con el lenguaje. Como dijo el lingüista estadounidense Edward Sapir, “los mundos en que viven diferentes sociedades son mundos distintos, no meramente el mismo mundo con diferentes etiquetas”<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Traducción mía. En el original: *Wer fremde Sprachen nicht kennt, weiß nichts von seiner eigenen.*

<sup>2</sup> Traducción mía. En el original (Sapir 1949: 162): *the worlds in which different societies live are distinct worlds, not merely the same world with different labels attached.*



Una lengua viva, si bien delimitada por sus características formales, es un universo abierto, vasto, dinámico y profundo. Es imposible recoger con precisión todas las particularidades de un idioma en un libro como este, sobre todo al considerar que ningún libro individual puede pretender ser una descripción exhaustiva de una lengua. El libro que el lector tiene en sus manos tiene, más bien, los siguientes tres objetivos: presentar la lengua mapuche a un público no especialista, dar una visión de conjunto de sus estructuras fundamentales y entregar antecedentes comparativos que permitan una adecuada comprensión del lugar que ocupa el *mapudungun* en el conjunto de las lenguas actualmente habladas en el mundo. Dado el número no despreciable de publicaciones existentes sobre el idioma mapuche, tanto de divulgación como de carácter técnico, una obra de estas características requiere una justificación.

### **El porqué del presente libro**

Tres características de este libro lo hacen único. En primer lugar, combina la accesibilidad para un público amplio con el rigor técnico, proporcionando numerosas ayudas para que el lector interesado en profundizar alguna materia sepa dónde hacerlo. Aunque el libro no presupone que el lector conozca el vocabulario especializado o esté habituado a leer libros de lingüística, su tema central es la estructura de la lengua mapuche y, en forma tangencial, su estudio; las notas a pie de página y las numerosas referencias bibliográficas dan cuenta de ello. En segundo lugar, ningún otro libro acerca del *mapudungun* (ni, por lo que sé, acerca de ninguna otra lengua indoamericana) incluye un número tan elevado de ejemplos comentados que hayan sido tomados de tantas otras lenguas del mundo. La inclusión de notas tipológicas o comparativas busca, por cierto, no sólo facilitar la adecuada contextualización de la descripción de algún fenómeno gramatical determinado de las lenguas castellana o mapuche, sino también permitir que un público no familiarizado con estas fascinantes materias tenga acceso a un mundo que acaso conozca solamente de modo fragmentario. Finalmente, ninguna otra descripción de la lengua mapuche incluye tanto material complementario de audio como esta; el disco compacto que acompaña a este volumen tiene



el propósito de guiar al lector en la pronunciación de los sonidos y las oraciones del *mapudungun*, al mismo tiempo que permitirle apreciar textos tradicionales y contemporáneos de la lengua viva, la cual suele ser hablada, y no leída en silencio.

Actualmente, cada vez más mapuches y no mapuches están empeñados en aprender *mapudungun*. Si bien este libro no está diseñado específicamente para guiar el aprendizaje del idioma, puede ser utilizado para acompañar dicho proceso si un profesor busca complementar sus lecciones, o si un autodidacta quiere hacerse una idea general de la lengua. Aun cuando no sea una gramática de referencia y el glosario que incluye no sea un diccionario, es posible usar el presente libro como obra de consulta. Es de esperar que sea de especial utilidad para los estudiantes de lingüística, antropología e historia, así como también para los profesionales activos en estas áreas y para todo aquel que se interese por ellas desde la perspectiva de disciplinas como la educación, el trabajo social, la sicología social y otras.

¿Por qué es necesario un libro así? Entre varias razones, porque las personas deben estar bien informadas al opinar o decidir sobre el polémico “problema mapuche”, o incluso sobre algo como el “mundo mapuche”. Pensar, por ejemplo, que el *mapudungun* ha muerto o que es un “dialecto primitivo” e inútil no es estar informado. Además, un número lamentablemente alto de chilenos y argentinos ni siquiera intuye la belleza y la riqueza de potencial expresivo que encierran sus estructuras y, por supuesto, su léxico. (Albergo la esperanza de que el mayor número posible de personas no sólo sepa que el significado original de *Curicó* es ‘agua negra’, o que *Vitacura* quiere decir ‘piedra grande’.) Quien haya viajado fuera del mundo hispanohablante sabe que es imposible comprender cómo piensan otras gentes sin conocer al menos los rudimentos de su lengua. Aun cuando no sea necesario hablar ni entender *mapudungun* para vivir en la Araucanía o para diseñar políticas públicas más adecuadas y eficaces, sí lo es conocer de este idioma algo más que un puñado de clichés para entender a la “gente de la tierra” y algunos de sus anhelos y alegrías, pero también no pocas de sus penas y frustraciones. Una mejor comprensión del idioma y su contexto ayudará a vivir mejor en la Araucanía y, muy probablemente, también a formular y operacionalizar mejor esas políticas públicas ilustradas, a la vez



informadas y visionarias, que el Chile y la Argentina de hoy requieren. Esto último explica, entre otras razones, que el Centro de Estudios Públicos se haya interesado en publicar un libro como este.

## Lenguas, dialectos y el mito de la complejidad

Numerosas personas que tienen un conocimiento profundo del idioma mapuche lo consideran no sólo a la par de otras lenguas, sino que admiran diferentes aspectos de su estructura que no lo hacen más “perfecto” que sus contrapartes, pero sí extraordinariamente interesante como objeto de estudio y hermoso como objeto de contemplación. Sin embargo, antes de citar los comentarios entusiastas de quienes tanto aprecian el *mapudungun*, es preciso dedicar unas líneas a la idea contraria que algunas veces tienen aquellos que no lo conocen bien.

Varios mitos relacionados con las lenguas en general, no sólo con el *mapudungun*, han persistido en el tiempo, incluso en el horizonte cognitivo del público culto de naciones industrializadas o emergentes. Estos mitos, en lugar de explicar fenómenos complejos y poco conocidos relacionados con el lenguaje, obstaculizan su apropiada comprensión y contextualización. Algunos de ellos son particularmente perjudiciales y se basan en la comprensión superficial de la antigua distinción entre lengua y dialecto, la que amerita una breve aclaración.

Según el criterio de inteligibilidad mutua, dos variedades lingüísticas son llamadas DIALECTOS si sus hablantes logran entenderse sin dificultades sustantivas y LENGUAS si ello no es posible. Según el criterio de tradición cultural, una variedad lingüística merece ser llamada LENGUA si es escrita y posee una norma explicitada, y si la comunidad cuenta con una descripción más o menos completa de ella (típicamente: gramática y diccionario, quizás incluso recopilaciones de textos literarios, folclóricos o sagrados), y se la denomina DIALECTO si no reúne dichos requisitos<sup>3</sup>.

Ahora bien, es fácil ver que estos dos criterios pueden arrojar

---

<sup>3</sup> En la literatura dialectológica estos dos criterios se conocen por sus nombres alemanes: *Abstand* y *Ausbau*.



resultados contradictorios; de hecho, no es raro encontrarse con casos problemáticos, como los dos siguientes. En primer lugar, es posible que una comunidad cuente con una nación propia o quiera crearla, en cuyo caso fomentará el desarrollo de la tradición cultural y contará con los elementos que le otorguen estatus en este sentido, de manera independiente de la mutua inteligibilidad con los hablantes de otra variedad lingüística cercana, como en el caso del portugués y el castellano peninsulares. En segundo lugar, desde el norte de Italia hasta las costas de Normandía, las hablas de las poblaciones rurales son casi siempre mutuamente inteligibles en tanto las comunidades sean geográficamente contiguas o al menos muy cercanas, pero dejan de serlo a medida que se alejan unas de otras; asimismo, las lenguas oficiales estandarizadas —italiano y francés— las influyen en grados y modos diversos y constituyen un referente obligado, al tiempo que son las únicas que normalmente se llaman lenguas.

Es por esto que los especialistas convienen en llamar LENGUAS a las variedades lingüísticas que estudian, las cuales pueden presentar variantes según ubicación geográfica que recibirán el nombre de DIALECTOS, así como variantes según estrato social que recibirán el nombre de SOCIOLECTOS, y variantes según áreas de especialización profesional que se llaman TECNOLECTOS. De este modo, es posible que en una determinada comunidad lingüística ciertas variedades se llamen habitualmente dialectos, y que los especialistas se limiten a registrar este hecho y las llamen lenguas cuando sean mutuamente ininteligibles y tengan tradiciones culturales no demasiado dispares, como en el caso del mandarín y el cantonés. En resumen, puede decirse que para la lingüística la distinción entre lengua y dialecto tiene una importancia relativamente menor, y que esta distinción pertenece más bien al ámbito político que al científico.

Hay otra opinión sostenida con frecuencia que podríamos llamar el MITO DE LA COMPLEJIDAD, y que se resume en una afirmación como “los dialectos son más simples que las lenguas”. No es necesario ser especialista ni profundizar mucho en la materia para percatarse de que ninguna de las definiciones de dialecto mencionadas anteriormente —ni la científica (variedad regional) ni las problemáticas (inteligibilidad y tradición)— respalda una aseveración semejante. El grado de complejidad que una



variedad lingüística alcance en diferentes áreas (p. ej., sus sonidos, la organización interna de las palabras y la organización de las oraciones) no guarda relación lógica alguna con el hecho de que existan una norma y una literatura de determinadas características (si bien no es extraño que algunas partes del léxico se desarrollen aparejadas con una cierta forma de tradición cultural). Por ejemplo, las lenguas nativas de la Costa del Noroeste de Norteamérica tienen sonidos cuya complejidad es muy superior a la de los sonidos de una lengua como el japonés, si bien no están normadas y han comenzado a escribirse y describirse sólo recientemente, mientras que el japonés ostenta una tradición cultural cuya antigüedad y riqueza no es necesario detallar aquí. Asimismo, la manera en que el inglés crea y organiza palabras se ha simplificado de modo sustancial durante el último milenio, mientras que la tradición cultural de la lengua culta no ha hecho sino desarrollarse extraordinariamente en este lapso. Es interesante observar también cómo cambió el griego del período clásico hasta transformarse en la koiné helenística; de forma similar a lo que ocurrió durante la evolución que transformó el idioma anglosajón en el inglés moderno, es posible afirmar que, al menos en cierto sentido relevante para el presente contexto, la organización de las oraciones se simplificó a lo largo de los siglos mientras se enriquecía la tradición cultural del idioma. Finalmente, es importante observar que todo lo anteriormente dicho se aplica de igual modo a una lengua pequeña o grande en su número de hablantes; ningún estudio ha demostrado hasta la fecha que exista correlación alguna entre el tamaño de una comunidad lingüística y cualquier definición de complejidad estructural.

Así, el *mapudungun* tiene dialectos —los cuales, como veremos, son bastante similares entre sí— pero es una lengua comparable a idiomas de importancia internacional como el inglés, el castellano y el árabe, así como también a lenguas regionales como el guaraní, el húngaro y el vietnamita, y aun a lenguas minoritarias como el belhare de Nepal, el !xóǀ de Botswana y el pitjantjatjara de Australia. Los mapuches pueden utilizarla para fines tan disímiles y complejos como expresar pesar por la muerte de un hijo, comentar el resultado de la última elección parlamentaria y conseguir que un vecino deje de verter desechos tóxicos en el arroyo, o bien para especular acerca del destino del alma después de la muerte del



cuerpo, discrepar del tratamiento prescrito por un gastroenterólogo en el hospital regional y recordar el hermoso brillo del cabello de la persona amada en el crepúsculo de un verano de hace cuatro o cuarenta años.

No obstante lo anterior, Ernesto Wilhelm de Moesbach comenta en su libro *Idioma mapuche*, a propósito del desarrollo de la lengua (Moesbach 1962: 15-16):

A pesar de su notable perfeccionamiento, el idioma araucano no ha logrado el pleno despliegue de su estructura ni alcanzado la meta de su ascenso iniciado. Por circunstancias adversas de los últimos tres siglos, en especial la desesperada lucha por la independencia racial y la paulatina pérdida de ella, la mente del mapuche quedaba como aplastada, incapaz ya para levantar su habla desde el grado de idioma vulgar y coloquial a la categoría suprema de lengua culta y literaria.

Un juicio como este merece al menos los dos comentarios siguientes.

En primer lugar, es inconfundible el eco de la ideología decimonónica según la cual las culturas y las lenguas atraviesan estadios comparables a las edades del hombre (infancia, juventud y madurez). Todas las lenguas —reza este sistema de pensamiento— están llamadas a pasar por las diferentes etapas de desarrollo universales, y algunas se encuentran más avanzadas que otras; algunas, como las lenguas indoamericanas, aún no han “alcanzado la meta de su ascenso”, mientras otras, como las indoeuropeas, ya la han alcanzado y siguen perfeccionándose. Los especialistas de hoy en día rechazan esta concepción del lenguaje (y no pocos pensadores rechazan, relativizan o refinan su equivalencia para las culturas). Ya no se cree que exista algo así como una meta universal a la cual deban llegar los idiomas; la lengua de una comunidad determinada evoluciona de modo lento y complejo, moldeada por un gran número de influencias extralingüísticas (conquistas, migraciones, telecomunicaciones, modas, etc.) y adaptándose a las nuevas —a menudo inesperadas— necesidades comunicativas y expresivas de sus hablantes, o bien cediendo su sitio a otras lenguas, muchas veces influyendo a su vez sobre ellas a medida que desaparece. Así como el castellano contempo-



ráneo no es una lengua “atrasada” si se lo compara con el inglés, el alemán o el francés, el *mapudungun* tampoco lo es si se lo compara con cualquier otra lengua<sup>4</sup>.

Por otro lado, es cierto que la situación del *mapudungun* durante los últimos siglos ha tenido más de lucha por la supervivencia que de edad dorada plena de circunstancias que favorecieran su desarrollo. Existen al menos tres registros claramente identificables de la lengua: uno coloquial, que es el que nos ocupa en este libro; otro formal, utilizado en discursos, parlamentos y arengas; y un registro sacro, más conservador y formalizado que los anteriores, utilizado en rituales. El hecho de que en el registro formal no se haya producido un corpus literario comparable a los de varias lenguas europeas durante el Medioevo, el Renacimiento o la Edad Moderna, no dice relación alguna con las posibilidades expresivas del *mapudungun*. Más bien, tiene que ver con el rol desempeñado por la etnia, tensionada entre una dinámica histórica propia y un conjunto de dinámicas externas con las cuales los mapuches se han visto confrontados tras la llegada de los europeos a América, con la relación no siempre feliz con los Estados chileno y argentino, y con la manera de interactuar con la creciente globalización actual. El hecho de que no haya (todavía) equivalentes de la *Encyclopædia Britannica*, *La montaña mágica* o *Crimen y castigo* en *mapudungun* —por lo demás: ¿cuántas lenguas tienen textos originales equivalentes a dichos escritos?— es consecuencia de la situación en que se ha encontrado la etnia mapuche, y no de la naturaleza del idioma.

---

<sup>4</sup> La idea de la meta universal hacia la cual progresan las lenguas lleva frecuentemente aparejada una hipótesis interesante —en ocasiones relacionada con ideas provenientes del darwinismo social en boga hacia fines del siglo XIX—, según la cual las lenguas más eficientes sobreviven a las menos eficientes. Sin embargo, no sé de ningún estudio serio hecho hasta la fecha cuyos resultados aconsejen aceptar dicha hipótesis. Recomiendo al lector que se sienta inclinado a considerar la cuestión de la eficiencia la lectura del extraordinario libro de Nettle & Romaine (2000); el lector particularmente interesado en el tema hará bien en consultar además Dixon (1997), Nettle (1999) y Crystal (2002). Abley (2003) trata la diversidad lingüística y la desaparición de las lenguas y es mucho menos técnica y, probablemente, más entretenida que los otros libros citados. Los lectores escépticos acaso deban leer Calvet (2002) y Dalby (2003) sólo después de haberse familiarizado con la discusión.



## El *mapudungun*, una lengua admirable

Desde la primera gramática, aparecida en 1606, hasta obras recientes acerca de la lengua y la cultura mapuches, los estudiosos no se han expresado acerca del *mapudungun* sino en términos laudatorios; basten al respecto dos de los ejemplos más moderados que se encuentran en la literatura.

Bernhard Havestadt, autor de una de las descripciones tempranas del *mapudungun*, lo elogió como sigue:

La lengua chilena es una lengua facilísima; aun cuando es una lengua de bárbaros, no sólo no es una lengua bárbara, sino que es tanto mejor que otras lenguas como los Andes superan a otras montañas; así sobresale esta lengua por sobre las otras. Quien conozca la lengua chilena mirará otras lenguas muy por debajo de sí, como desde un atalaya, reconociendo en forma clara y patente cuánto hay de superfluo en ellas, así como también que carecen de muchas cosas, etc., y a cualquier no chileno puede espetársele justificadamente y con razón: si tu lengua es buena, la lengua chilena es superior<sup>5</sup>.

Si bien no es del todo políticamente correcto mencionar que Havestadt consideraba bárbaros a los mapuches —opinión que, obviamente, tenía menos que ver con los mapuches que con el horizonte cultural de un misionero alemán del siglo XVIII en América—, lo hago aquí para enfatizar un punto que juzgo central: aunque consideraba poco sofisticados a sus hablantes, su lengua le pareció tan perfecta que no escatimó metáforas para aclarar que la consideraba comparable a las lenguas clásicas y a los idiomas europeos contemporáneos. De hecho, es cierto que, desde el punto de vista de numerosas lenguas indoamericanas en general y del *mapudungun* en particular, no pocas distinciones y peculiaridades

---

<sup>5</sup> Traducción mía. En el original (primeras páginas de Havestadt 1777, sin número): *Unde sit, ut Lingua Chilensis sit Lingua multo facillima; et tametsi Barbarorum, non solum non barbara; sed aliis Linguis tanto melior; ut sicuti montes Andes alios montes; ita hæc alias Linguas usque eo superemineat; ut qui callet Chilense Idioma, alias Linguas velut e specula longe infra se despiciat, clare patenterque agnoscens quantum sit in illis superflui, quam multa quoque desint, et cetera, et quam jure merito unicuique non Chileno exprobrari possit: Si tua Lingua bona est, tamen est praestantior illa Lingua Chilena [...].*



gramaticales de los idiomas indoeuropeos resultan efectivamente superfluas, mientras que su sistema gramatical carece de exactitud en áreas en las cuales el idioma mapuche sobresale gracias a su precisión.

Las siguientes líneas, tomadas de la introducción al libro de Moesbach citado más arriba, expresan también parte del entusiasmo del descubridor (Moesbach 1962: 15):

El idioma de la raza araucana es del tipo aglutinante polisintético. Su nota característica es el verbo, de predominio sobre los demás integrantes. Mediante la inclusión de múltiples partículas y raíces de toda clase de palabras, aumenta su poder expresivo en medida poco menos que ilimitada; adquiere una adaptabilidad que le habilita a describir con entera exactitud hasta [los] más insignificantes detalles de cualquier objeto, como también las modificaciones más sutiles del pensamiento.

Al igual que Havestadt, pero en términos algo más explícitos, Moesbach aplaude la capacidad del *mapudungun* para expresar una amplia variedad de significados de manera detallada. En el presente libro se verá, entre otras cosas, qué significa aquello de “tipo aglutinante y polisintético” (y qué no). Observe el lector que el mismo Moesbach distingue claramente entre el hecho de que una lengua pertenezca o no a “la categoría suprema de lengua culta y literaria” y el de que sus verbos sirvan para expresar “las modificaciones más sutiles del pensamiento”; como ya se dijo, el estatus de una variedad lingüística es independiente del potencial expresivo de la misma.

### ¿Qué espera al lector de estas páginas?

Ya se mencionó que este libro no es un manual de aprendizaje, como tampoco una gramática de referencia —la obra que más se le asemeja, sobre todo en cuanto a la forma, es el excelente libro *El mapuche o araucano*, de Adalberto Salas, publicado hace poco más de diez años. Partes importantes de la estructura del presente libro se inspiraron en una breve pero elegante presentación de la lengua cri o *nēhiyawēwin*, de hace más de tres décadas: *Meet Cree. A guide to the Cree language*, de H. Christoph Wolfart y Janet Carroll.



El presente libro consiste en esta introducción, seis capítulos, una bibliografía y un glosario de términos lingüísticos. El capítulo I es una introducción a los mapuches y su lengua. Los capítulos II, III y IV siguen el siguiente plan: sus secciones toman como punto de partida las estructuras lingüísticas castellanas y presentan a continuación aquellas del *mapudungun*, mencionando similitudes y diferencias entre ambas; las notas comparativas que siguen a la mayoría de las secciones de cada capítulo comentan fenómenos gramaticales determinados desde una perspectiva más amplia, aportando antecedentes recogidos de otras lenguas del mundo. El capítulo V recoge un texto tradicional y algunos textos contemporáneos. Le sigue el capítulo VI, un glosario dividido en dos secciones: castellano-mapuche y *mapudungun-wingkadungun*. La bibliografía y un breve glosario de términos lingüísticos cierran el volumen. Cada capítulo incluye apéndices, en los cuales se tratan materias de interés más específico o más general que las tratadas en los capítulos. Las secciones reproducidas en el disco compacto están identificadas con el símbolo © en la página respectiva.